



ta las doctrinas de sus partidarios, decretó en Roma pena de muerte contra aquellos que se hiciesen culpables de herejía ó de lesa majestad; hizo publicar una serie de quejas contra el papa, á quien acusó de traidor, é hizo deponer y condenar á muerte á Juan XXII, en cuyo lugar colocó al franciscano Pedro Rainalducci, que pertenecía al partido de los *espirituales*, y tomó el nombre de Nicolao V. Mas las armas victoriosas de Roberto de Nápoles y el desprecio de los romanos terminaron esta escandalosa comedia, de manera que Luis y su papa fueron obligados á retirarse, y la mayor parte de las poblaciones italianas, y aun los mismos jefes gibelinos, abandonaron el partido del emperador. El antipapa, abandonado en Pisa, cayó en poder de Juan XXII, y murió en la cárcel de Avignon en 1333. El entredicho que siguió á la excomunion de Luis hizo para éste un efecto muy malo en Alemania, y así fué que en lo sucesivo (1330) se manifestó humildemente sumiso á la Santa Sede para que se lo levantasen. Pero Juan desechó con altivez toda condicion de paz que conservase en el trono imperial á Luis; motivo por el cual éste llegó á querer abdicar en favor de su primo Enrique, duque de la Baja Baviera. Sin embargo, siguió muy pronto con más encarnizamiento que ántes las hostilidades contra el pontífice, y pretendió reunir un concilio general para acusar en él de hereje al papa sobre la *contemplacion de los Santos* y hacerle deponer.

En esto murió Juan XXII, dejando bien lleno su tesoro con el producto de las anatas y por la posesion de muchos grandes beneficios. Su sucesor, Benedicto XII, quiso emprender una reforma en la córte pontificia, aligerar los impuestos, ya insoportables, y sacudir el vergonzoso yugo de los reyes de Francia; al propio tiempo se manifestó favorablemente dispuesto por el emperador Luis, que por su parte acogia todas las coyunturas razonables. Sin embargo, estaba Benedicto demasadamente atado por la gran preponderancia de los cardenales y de la córte de Francia. Ésta se esforzó en impedir la reconciliacion con Luis, y todo lo que pudo hacer el pontífice en favor de Alemania, tan atrocemente trabajada, fué no lan-

zarle más censuras. Así que fué reconocida esta disposicion del papa, los príncipes electores se reunieron en Francfort en 1333, y declararon á Luis inocente de todos los agravios que habian determinado el entredicho, é igualmente que sería perturbador del reposo público cualquiera eclesiástico que se ocupase de este entredicho. Poco despues, confundiendo los electores, como los escritores de que hemos ya hablado, al emperador en su calidad de protector de la Iglesia con el rey de los romanos, proclamaron en 15 de Julio de 1333, en la Asamblea de Rhense, que el emperador únicamente debía su dignidad y poderío á los príncipes electores. La polémica siguió con más encarnizamiento que nunca; Guillermo de Occamo, entre otros, dió un golpe tan terrible al papado en la opinion pública, que casi perdieron todo el crédito las bulas, y que se pudo decir: Con otra victoria semejante que obtenga el papa contra Luis, su caída es segura. Pero este príncipe perjudicó su propia causa, ya atacando con audacia los derechos más sagrados de la Iglesia, concediendo de su propia autoridad dispensas matrimoniales y el divorcio á su hijo, ya retrocediendo lleno de temor y de pusilanimidad. El pueblo perdió del todo la confianza en Luis de Baviera, y por esto pudo Clemente VI obrar contra él con más osadía, mientras que por su parte los electores le dirigieron amargas quejas. El pontífice lanzó contra el emperador un anatema acompañado de todo el aparato de imprecaciones judaicas, «como si la córte de Avignon, dice »Doellinger, hubiese querido reemplazar con la »violencia desenfrenada de su lenguaje una falta »de derecho y de justicia.» Al mismo tiempo invitó Clemente á los electores á que escogiesen otro soberano, recomendándoles á Carlos de Moravia, hijo de Juan IV el Ciego, rey de Bohemia. Este príncipe fué en efecto elegido por cinco de los votantes en Rhense en 1346; pero los escandalosos manejos de esta Dieta privaron á Carlos IV del consentimiento general, y tuvo que refugiarse en Francia. La muerte del emperador Luis no le devolvió la confianza de la nacion, y aunque fué allá con el levantamiento del entredicho pontificio, encontró un antagonista en la persona de Gunther



de Schwartzburgo, y se vió precisado á hacerse reelegir en Francfort y coronar en Aquisgran en Julio de 1349.

Los minoritas cismáticos, con Occamo á su frente, no pudiendo ya contar con el poder temporal, renunciaron á sus errores. Mas, por otra parte, el porvenir se manifestaba más amenazador que nunca para el papado, porque Clemente creó de nuevo una multitud de cardenales franceses y compró el condado de Avignon á la reina Juana de Nápoles, que era su propietaria como condesa de Provenza, y que lo alienaba para hacer la guerra á los húngaros. Parecía que la silla apostólica iba á eternizarse en Francia; con todo, á pesar de estas circunstancias, tan fatales al poder pontificio, Clemente VI hizo que se aceptase su mediacion y que se restableciese la paz entre Inglaterra y Francia, Hungría y Nápoles, Génova y Venecia.

Despues de Clemente, fué elegido el austero y piadoso cardenal Estéban de Alberto, obispo de Ostia, en otro tiempo catedrático de leyes en Tolosa, y tomó el nombre de Inocencio VI. Desde luégo impuso á su córte una economía ya indispensable, con lo que pudo disminuir los pesados impuestos de sus predecesores; procuró asimismo poner coto al fausto de los cardenales y proteger su honor alejando de Avignon la multitud de mujeres perdidas que allí se encontraban, y quitar al sacro colegio la despótica autoridad que ejercia.

En su política exterior respetó á los príncipes, y sobre todo, tocante á Pedro el Cruel de Castilla, Inocencio manifestó ser prudente, teniendo en consideracion los cambios efectuados en la opinion. En Italia los espíritus se ocuparon con ardor en las ideas de dominacion universal, y sobre todo en Roma, la ausencia del papa y la impotencia del emperador exaltaban hasta el delirio y el ridículo esta fiebre de libertad. El tribuno del pueblo, Nicolas de Rienzi, despues de haber restablecido la república romana, empezó por hacer reinar en ella el orden, la paz y una justicia rigurosa, sujetando fuertemente con su ascendiente á todos los jefes de partido. Muy luégo el orgullo le embriagó, y tuvo la audacia de llamar ante su

tribunal al papa, á los cardenales, á los dos emperadores rivales Luis y Carlos y á los príncipes electores. Inocencio tomó el partido de apoderarse de las poblaciones que se habian constituido en repúblicas, á cuyo intento envió á Italia en 1353 un fuerte ejército al mando del belicoso cardenal Albornoz, que no tardó en restablecer el poder pontificio. Por su parte, Carlos IV habia bajado tambien á Italia con una pequeña fuerza en 1354, más bien para tener la pueril satisfaccion de llevar dos coronas, que para sostener sus derechos. Mas en vano el pueblo romano se entusiasmaba por lo pasado, y el Petrarca lo resucitaba en versos, exclamándose: «¡Pueda el nuevo Augusto volver á Italia! ¡Pueda Roma volver á ver su desposado, »y la Italia besar sus piés!» Carlos no fué á Roma y estuvo en paz con el papa. Á pesar de muy buenas cualidades, se pudo echar en cara á Inocencio VI una inclinacion demasiado grande al nepotismo.

El abad del monasterio de San Victor de Marsella le reemplazó con el nombre de Urbano V, y conservó bajo la tiara el renombre de sus grandes virtudes. Habia resuelto llevar á Roma la Silla apostólica; Petrarca le excitaba á ello, preguntándole «si preferia resucitar algún tiempo entre los pecadores de Avignon ó »entre los apóstoles y mártires de Roma.» Los antecesores del pontífice habian estado en abierta guerra contra el temible Bernabo, tirano de Milan, y Urbano lanzó contra él las censuras más rigurosas de la Iglesia, que apoyó con una cruzada en 1363. El vizconde tuvo que aceptar muy luégo las condiciones de paz (1364). Con la mira de restablecer completamente la de Italia, el Papa cumplió los deseos apremiantes de todos los hombres del bien, y en 1367 entró en Roma en medio de las generales aclamaciones. Sin embargo, algunos cardenales se habian quedado en Avignon, y otros creian ir á destierro pasando á la Ciudad Santa.

Estando las cosas de esta manera, Carlos IV llegó á Italia é hizo que Bernabo mantuviese la tranquilidad pública. Por un instante las disposiciones pacíficas de entrambas potencias parecieron marchar á una por el bien general, mas luégo que hubo partido el emperador fué



crítica de nuevo la posición del Papa, y el nombramiento de seis cardenales franceses en 1368 hizo que su influencia dominase de nuevo en el Sacro Colegio. No fueron bastante para evitar la vuelta del pontífice á Avignon los ruegos y lágrimas del piadoso franciscano Pedro, de Santa Brígida, ni de los príncipes de Aragon; allí murió luégo en 1370, como lo había vaticinado Santa Brígida. Las virtudes de Urbano, que le han merecido el concepto de Santo, parecían destinadas á brillar en mejores tiempos.

El cardenal Roger, todavía jóven y pariente de Clemente VI, sucedió á Urbano bajo el nombre de Gregorio XI; su advenimiento fué señalado con la eleccion de diez y ocho cardenales franceses, que prometieron poco consuelo á la Iglesia. Con todo, el levantamiento de Bernabo y de su hermano Galeazzo, que fué preciso excomulgar en 1372; los esfuerzos de las poblaciones de los Estados Pontificios para hacerse independientes y asociarse con los florentinos, hicieron más necesaria que nunca la vuelta del papa á Roma. Santa Catalina de Sena tomó parte en esto con la autoridad que le daban su virtud y el don de profecía. Convencido Gregorio, se fué á Roma en 1377, acompañado de todo el Sacro Colegio, exceptuados seis cardenales; mas no fué dueño absoluto aún en su nueva residencia, y se vió precisado á entrar en negociaciones con el partido opuesto. Apenas logró Santa Catalina calmar en Florencia el furor del pueblo. La muerte impidió que Gregorio abandonase á Roma. Luégo despues se entablaron negociaciones para conseguir la paz, que inmediatamente fué concluida.

Los papas de Avignon dieron cima al código del derecho canónico. La última coleccion de decretales auténticas fué redactada en tiempo de Clemente V, y compuesta de los cánones del concilio de Viena y de algunos otros (lib. V *Clementinarum*). Las constituciones que más tarde aparecieron fueron conservadas aisladamente (*XX extravagantes Joana XXII*, divididas en XIV títulos, *LXXIV extravagantes communes*, formando 5 libros). Más tarde, Juan Chappuis las recogió en su edicion del *Corpus ju-*

*ris*, en París, el año de 1499. Fué una desgracia para la silla apostólica la pérdida de su independencia y la influencia exclusiva de la política francesa en los consejos pontificios con detrimento de las otras naciones, porque alteraron la confianza general en el jefe supremo de la Iglesia. Pero una multitud de impuestos arbitrarios, conocidos con los nombres de *reservas*, de *encomiendas*, de *vacantes*, de *anatas* (*fructus medii temporis, primi anni*), derechos de confirmacion, la contribucion por las cruzadas convertida en verdadero diezmo, y finalmente, el triste cuadro trazado por Petrarca, testigo ocular de los escándalos de Avignon, hicieron que el papado perdiese casi todo su crédito y autoridad. Los esfuerzos de Benedicto XII, de Inocencio IV y de Urbano V, no pudieron contrabalancear el efecto general de estos desórdenes. Poco á poco la relajacion y la disolucion se habian extendido de la cabeza á todos los miembros de la Iglesia, y así el tronco como las ramas estaban lánguidos, estériles y deshonrados.

Los tristes acontecimientos de los precedentes reinados hicieron temer á los romanos que el papa elegido para reemplazar á Gregorio XI no mirase por los intereses de la nacion francesa, y por esta razon pidieron con instancia al cónclave un italiano, y si fuese asequible, un romano. Hubo unanimidad en la eleccion, que recayó en el venerable arzobispo de Bari, que despues de alguna resistencia subió á la silla de San Pedro bajo el nombre de Urbano VI. Apoyado en el amor del pueblo, atacó con energia las relajadas costumbres de los cardenales franceses, que se retiraron de Anagni, desde donde enviaron á Urbano la extraña orden terminante de que renunciase la dignidad pontificia. Se apoyaban en que la votacion no habia sido libre, á pesar de que ellos mismos habian manifestado lo contrario á los cardenales que se quedaron en Avignon. Por desgracia, siendo Urbano obstinado de carácter, despreció el consejo de Santa Catalina de Sena, que altamente solicita por el bien de la Iglesia, le habia instado á crear un suficiente número de cardenales dignos de serlo, y su imprudente conducta le enajenó los espíritus mejor dis-



puestos. Los tres cardenales romanos fueron atraídos al cónclave de Fondi, adonde habian ya comparecido los de Avignon, y eligieron al cardenal Roberto de Ginebra, que tomó el nombre de Clemente VII (1378-94). No creyéndose Clemente con seguridad en Italia, se refugió á Avignon, y muy luégo la política francesa supo hacer que obedeciesen á su papa Nápoles, Saboya, Castilla, Aragon, Navarra, Escocia y Lorena. Estuvo, pues, dividida en dos la cristiandad, no sabiendo á qué obediencia sujetarse. Solamente entónces fué cuando Urbano resolvió crear veintiseis cardenales italianos, y excomulgó á los cardenales franceses y sus partidarios. Al propio tiempo procuró establecer un orden perfecto en Roma. Clemente VII, por el contrario, hacia sufrir el peso de su autoridad á la Francia, causa primera de la desgracia que desolaba á la Iglesia; mas á su vez la Francia, teniendo esclavo en cierta manera al antipapa, no le evitó disgusto alguno en Avignon. Por causa de esta lucha lamentable, Nápoles fué convertido en teatro de las más atroces crueldades. Cinco cardenales romanos que, apoyados en una consulta del canonista Bartolino de Plasencia, querian poner en tutela al papa, fueron presos por las inhumanas órdenes de Urbano, se les dió tormento, y fueron ajusticiados en Génova. Nápoles, encontrándose excomulgado, iba á ser atacado por el papa, cuando éste murió.

A pesar de todo esto, el cisma fué continuando, y los cardenales romanos eligieron á uno de sus colegas, llamado Pedro Tomacelli, que tomó el nombre de Bonifacio IX. Ambos papas se anatematizaban reciprocamente, y por un extraño trastorno de todos los principios, su victoria concluyó por depender del asentimiento de los pueblos, ó siguiendo la mejor hipótesis, del apoyo que les prestaba la generalidad de los sabios. La Sorbona de París fué la que más se distinguió por los esfuerzos que hizo para dar fin al cisma. Á este intento, propuso tres medios, á saber: la abdicacion voluntaria de los dos pontífices, ó un compromiso basado en la decision de un tribunal de árbitros, ó la convocacion de un concilio ecuménico. La carta enérgica que escribió á Clemente VII le dió

tal pesar, que murió de él. Pero fué reemplazado por el astuto cardenal de Luna, con el nombre de Benedicto XIII, que fué elevado en 1394, é hizo que la extincion del cisma fuese más difícil que nunca. Con sus mañas, logró ganar para su causa al principal órgano de la Sorbona, el célebre Nicolas de Clemengis; hizo que el famoso Pedro de Ailly (*Petrus ab Alliaco*) aceptase el obispado de Puy, y atrajo á su córte al taumaturgo de su tiempo San Vicente Ferrer.

Á pesar de todo esto, y con la mira de terminar la lucha, la asamblea del clero, reunida en París en 1395, se decidió por la deposicion de los dos adversarios. Benedicto apeló á todos los efugios, y pareció no querer dejar la tiara hasta haberla degradado de todos modos. La misma Francia desechó con horror al antipapa, mientras que el partido de Bonifacio aumentaba de dia en dia; mas este papa murió en medio de sus nuevas esperanzas. Entónces el legado de Benedicto declaró que éste nunca abdicaria. Los cardenales juraron todos que el elegido emplearia todos los medios, hasta la abdicacion, para terminar el cisma, y fué elegido Inocencio VII, que no apareció sino para dejar su lugar á Gregorio XII.

Siendo ya infructuosos todos estos esfuerzos para lograr la paz, se levantó un vivo descontento, y entónces se habló de una entrevista en Savona entre Benedicto y Gregorio. Se verificó, en efecto; mas el ser una cosa tan poco conforme, y el lenguaje bajamente doble que mutuamente se tuvieron, han hecho de esta entrevista uno de los episodios más afflictivos de la historia eclesiástica. La Francia renunció á la obediencia de Benedicto; los cardenales romanos á la de Gregorio, y los dos partidos convinieron en Liorna que se reunirían en Pisa en el mes de Marzo de 1409, para celebrar allí un concilio general que pusiese término á estos afflictivos debates. La carta convocatoria exponia con oscuridad y juzgaba bastante mal el negocio en cuestion. La posicion tomada en consecuencia por los dos papas enfrente de sus respectivos cardenales, hizo más dificultosa aún la solucion. Inútilmente ensayó Gerson de justificar la celebracion del concilio sin convo-



carlo, y sin concurrir á él el papa. Su argumentacion es poco fundada, y siempre han quedado dudas legítimas acerca de si las actas de este concilio eran ó no ecuménicas.

No se ha visto nunca cosa más magnífica y brillante que la apertura del concilio de Pisa. El Sacro Colegio estaba representado en él por veintitres cardenales de los dos partidos; el episcopado por noventa y dos prelados presentes, y ciento dos procuradores ó diputados de obispos ausentes; el sacerdocio por ochenta y siete curas y doscientos delegados, con los generales de las cuatro órdenes mendicantes; finalmente, la ciencia por ciento veinte maestros en teología, trescientos doctores y licenciados en derecho romano y canónico, los príncipes reinantes por los embajadores de Inglaterra, Francia, Portugal, Bohemia, Polonia, Sicilia y Chipre.

Tuvo lugar la primera sesion en 25 de Marzo de 1409, el mismo día de la Anunciacion, bajo la presidencia del decano de edad, el cardenal Guido de Malesec. Despues que el concilio hubo escuchado á los más distinguidos representantes de la ciencia, Pedro de Ailly, obispo de Cambrai (desde 1393), y al canceller Gerson, y habiéndose declarado ecuménico en las sesiones octava y novena, respondió á las protestas de Benedicto XIII y de Gregorio XII, apoyadas por Roberto, rey de Germania, y Ladislao, de Nápoles, declarándolos obstinados y perjuros, cismáticos y herejes incorregibles, indignos de su dignidad y excluidos de la comunión cristiana. Los cardenales leyeron en la sexta sesion una solemne promesa, por la cual el papa nidero se obligaba anticipadamente á no cerrar el concilio ántes de reformarse la Iglesia en su jefe y en sus miembros. Despues de haber establecido en una larga discusion que, en las presentes circunstancias, tenian los cardenales derecho de elegir un pontífice, recayó el nombramiento en el cardenal Pedro Philargi, natural de Candia, en 26 de Junio, y tomó el nombre de Alejandro V. Tenía crédito por teólogo y orador, era severo en sus costumbres, rico como obispo, pobre como cardenal; se empobreció por sus imprudentes larguezas cuando fué elegido papa, y á pesar de

la rectitud de sus intenciones, se convirtió en dócil instrumento del astuto cardenal Cossa.

Hecha la eleccion, el concilio celebró un reducido número de sesiones, en que el nuevo papa condenó todos los impuestos atrasados, renunció las rentas de los obispados vacantes, igualmente que las llamadas *fructus medii temporis*. Se decretó igualmente que habian de celebrarse sínodos provinciales y diocesanos, capítulos de obispos y abades; finalmente, la asamblea se separó sin haber trabajado en la reforma de las costumbres y de la disciplina, que tan necesaria era, y de que tanto se habia hablado. Sin embargo, se obligaron por unanimidad á reunirse dentro de tres años en concilio general para ocuparse de ella. Ciertamente no se puede dudar cuán necesario sería este plazo, cuando se ve que lo piden personajes tan eminentes y tan celosos por la reforma de la Iglesia, como Pedro de Ailly y Gerson. Efectivamente, no se sabia todavía cuáles podian ser los verdaderos medios con que atajar los males que se deploraban. Convenia tambien ántes de adelantar ningun paso, que el nuevo pontífice fuese universalmente reconocido. Por desgracia, la España y la Escocia continuaron obedeciendo á Benedicto; Nápoles y muchos Estados italianos á Gregorio. La Europa vió con dolorosa sorpresa tres papas á la vez. Los esfuerzos del concilio fueron sin efecto, á causa del egoismo de los príncipes, que, sin escuchar el voto formal de toda la cristiandad, sin imitar el ejemplo de los Padres del concilio de Pisa, atizaron el fuego en vez de apagarlo, y en una cuestion tan grave siguieron únicamente su interes ó su capricho.

Alejandro V murió luégo despues fugitivo en Bolonia, y el cardenal Cossas, que era acusado de haber envenenado al papa, á pesar de este rumor público, fué elegido en su lugar con el nombre de Juan XXIII. Teodoro de Niem hace una pintura horrorosa de su vida, costumbres y violencias. Sin embargo, confirmó los reglamentos de su antecesor, igualmente que los del concilio de Pisa, y anunció su elevacion á las diferentes córtes, pidiendo su apoyo contra los antipapas. Despues de la muerte de Roberto, Juan XXIII logró que los electores estu-



viesen en favor de Segismundo de Luxemburgo, y obligó al mismo tiempo á Ladislao de Nápoles á abandonar á Gregorio. Mas cuando Juan trató de exigir el diezmo de todos los beneficios, la renta de las iglesias vacantes y los bienes dejados por los curas muertos, la Sorbona y el Parlamento se levantaron en Francia contra semejantes pretensiones.

Sin embargo, el papa abrió por forma el concilio en Pisa, al que compareció un reducido número de obispos, y terminó prontamente despues de haber condenado con rapidez diferentes proposiciones de Wiclifo, de Juan Huss y de los antipapas. Por otra parte, Juan XXIII habia tomado buenas medidas para que no llegasen los obispos; y como estaba resuelto á no reformarse á sí mismo, ni tampoco á los otros, se habia entendido con su antiguo enemigo Ladislao, para que éste cerrase todos los caminos que conducian á Roma. Mas este último pronto se volvió en contra del papa, y le obligó á abandonar á Roma y á buscar un asilo sucesivamente en Florencia y en Bolonia en 1413. Desde esta última ciudad convino Juan con los soberanos el lugar en donde tenia que reunirse el concilio. Habiendo muerto de repente Ladislao, el emperador Segismundo designó Constanza, en donde se abrió efectivamente el concilio el 1.º de Noviembre de 1414. Desde entonces fué que Pedro de Ailly y Gerson hicieron circular enérgicos escritos para inspirar á la asamblea proyectada una actividad mayor y más provechosa.

El concilio de Constanza, no menor que el de Pisa, se presentó en un principio altamente brillante; comparecieron en él diez y ocho mil eclesiásticos, sin tener en cuenta un gran número de príncipes temporales. Convínose en votar, no por mayoría, sino por nacion. La Alemania, la Francia, la Italia, la Inglaterra, y más tarde la España, formaban otras tantas curias, todas las cuales manifestaron tendencias particulares é individuales. Juan XXIII estaba muy poco dispuesto á comparecer en Constanza, y en todo el camino escandalizó al pueblo de los campos, jurando con frecuencia en nombre del diablo; y así que descubrió la ciudad de léjos, dijo: «¡Ay de mí! ¡allá está la trampa

para coger el zorro!» Hechos los preliminares de costumbre, el concilio exigió la abdicacion voluntaria de los tres papas. Sorprendido Juan con este golpe imprevisto, de pronto pareció resignarse, mas luégo, á pesar de su juramento, y creyéndose fuerte con el apoyo de Federico, duque de Austria, se escapó á Schffouse el 21 de Marzo de 1415, y continuó bajando el Rhin, despues de haber revocado todas sus concesiones anteriores, como arrancadas á la fuerza. Á no haber sido los cuidados del noble Gerson y su venerable maestro el cardenal de Aylli, el concilio no habria podido continuar sus deliberaciones. Los escritos del sabio canceller sobre la reforma de la Iglesia habian producido una impresion profunda, y por esto en la tercera y cuarta sesion se logró esta tan célebre decision: «El papa no tiene derecho de oponerse á un concilio general, ni de disolverlo sin su anuencia. Por lo tanto, el actual concilio continúa gozando de toda la plenitud de su autoridad, á pesar de haberse escapado el papa. Todos, y hasta el mismo papa, están obligados á obedecer al concilio general en todo lo relativo á la fe y á la extincion del cisma.» El obispo de Posen leyó esta decision, que así Pedro de Ailly como Gerson se encargaron de justificar con sus escritos mientras durase el concilio.

Sin embargo, considerándolas en sí mismas, estas proposiciones no podian sostenerse ni admitirse; no convenian á un cuerpo sano y robusto, cuyos órganos todos deben concurrir al bienestar general. En el hecho, la cabeza no está ni encima ni debajo del cuerpo; ella es uno con él, en él; no hay cuerpo viviente sin cabeza, ni cabeza con vida sin cuerpo. Otro tanto sucede respecto de la Iglesia, cuerpo místico, cuya cabeza invisible es Jesucristo y el papa el jefe visible. Así la supremacia del concilio que se proclamaba no correspondia al estado normal de la Iglesia; pero en atencion á las circunstancias extraordinarias en que se encontraba pareció necesaria, puesto que los papas se habian apartado realmente de la comunión eclesiástica, y ningun caso hacian de las más justas demandas. Habian echado á Dios de su corazon, y muy á menudo vivian en una ver-